

que desde largo rato danzaba ante la puerta y la ventana como un fuego fatuo, había limpiado bien el caballo, mucho más gordo de lo que podríais creer, y tan viejo, que la época de su nacimiento se perdía en la obscura noche de los tiempos. Boxer, comprendiendo que la familia entera tenía derecho á sus atenciones, que debían ser repartidas imparcialmente entre cada uno de



sus miembros, entraba y salía con desordenada agitación, ora describiendo un círculo de bruscos ladridos alrededor del caballo, mientras le estregaban á la puerta del establo, ora haciendo como que se lanzaba ferozmente contra su señora, parándose por su propio impulso delante de ella con aire ceremonioso, ora arrancando un grito de espanto á Tilly Slowboy sentada junto al fuego en su sillita de niñera, aplicándola,

cuando menos podía esperarlo, el hocico húmedo á la mejilla, ora demostrando indiscreto interés por el niño, ora volteando sobre sí mismo infinidad de veces delante del hogar antes de tenderse, como si quisiera permanecer allí toda la noche, y volviendo luego á levantarse y yéndose fuera á agitar la punta del rabo al aire libre, como si se acordase de una cita y se alejase á toda prisa para no faltar á la palabra comprometida.

—¡Ea, ya está la tetera lista y al fuego! —exclamó Dot, tan seriamente ocupada como una niña jugando á señora de su casa.—Aquí está el jamoncillo frío. Aquí la manteca; allí el panecillo y todo lo restante. Aquí está la cesta para los paquetes pequeñitos, por si habéis traído algunos. ¿Pero dónde estáis, John? Sobre todo no dejéis caer el chiquitín en el fuego, Tilly.—

Bueno es que se sepa que miss Slowboy, á pesar de la vivacidad con que rechazó esta observación, demostraba un talento raro y asombroso en lo que concernía á colocar al chiquitín en posiciones difícilísimas; muchas veces había expuesto su débil existencia con una sangre fría propia y peculiar suya. La muchacha era alta y flaca, de modo que su traje parecía estar en perpetuo peligro de deslizarse por su espalda semejante á una percha, de la que pendía negligentemente. Su vestido era notable por ofrecer en todas las ocasiones posibles la desplegadura parcial de algún pedazo de franela de corte singular, dejando entrever por detrás una parte de corpiño color verde botella. Y

como Tilly se hallaba en un estado perpetuo de admiración ante todas las cosas, y completamente absorta gracias á la contemplación incesante de las perfecciones de la señora y del niño, puede decirse que los descuidillos de miss Slowboy hacían honor igualmente á su corazón y á su cabeza, aunque no hiciesen tanto honor á la frente del chiquitín puesta con demasiada frecuencia en tales circunstancias en contacto con las puertas, los aparadores, los tramos, las armaduras de la cama y otras substancias heterogéneas. Pero después de todo veíase en dichos acontecimientos el halagüeño resultado del asombro que experimentaba sin tregua Tilly Slowboy al verse tan bien tratada é instalada en casa tan cómoda. Porque los Slowboy de ambas ramas paterna y materna, eran mitos desconocidos en el decurso de la historia. Tilly había sido educada por la caridad pública; era expósita, y como los expósitos no suelen crecer entre mimos y ternezas, su situación, aunque modesta, la parecía muy dichosa.

Os hubiera gustado casi tanto como al mismo John ver á la señora Peerybingle volviendo con su marido, arrastrando el célebre cesto, y haciendo los más enérgicos esfuerzos sin resultado alguno, porque al fin y al cabo era John el que lo arrastraba. No es del todo imposible que semejante escena hubiese divertido al grillo; tengo tentaciones de creerlo. Lo que es probado es que se puso á cantar con nuevo ardor.

—¡Vaya, vaya!—dijo John lentamente se-

gún su costumbre;—¡hoy está más alegre que nunca!

—A buen seguro nos predice alguna ventura, John. Siempre nos ha traído felicidad. No hay nada tan alegre como la presencia de un grillo en el hogar.—

John la miró como si estuviese próximo á creer que en este caso ella sería el grillo en jefe; con lo cual participaría por completo de su opinión. Pero probablemente esta fué una de las ocasiones en que poco hubiera faltado para que hiciese un chiste, porque no despegó los labios.

—La primera vez que escuché su alegre cancioncilla fué la noche en que me condujisteis á esta casa, mi nueva morada, para hacerme señora de ella. Pronto hará un año. ¿Os acordáis, John?—

¡Sí, sí! John se acuerda, y no haya miedo que lo olvide.

—Su gorjeo me daba la bienvenida del modo más expresivo que pueda imaginarse. Me pareció henchido de promesas y de consuelos; creí que me aseguraba vuestra amabilidad y vuestra bondad, y que no tardaríais (yo entonces lo dudaba, John) en hallar una vieja cabeza sobre los hombros de la loquilla que era ya vuestra mujer.—

John, con aire pensativo, golpeó amistosamente uno de los hombros y después la cabeza de Dot, como si quisiera decir: «No, no; no había pensado ello, y estoy contento de lo que hallé,» y tenía mucha razón; lo que había encontrado no era tan malo.

—El grillo decía la verdad, John, cuando me hizo la promesa de que os hablo;

porque siempre fuisteis para mí á buen seguro el mejor, el más atento, y el más afectuoso de todos los maridos del mundo. Me habéis hecho tan feliz en esta casa, John, que por ello amo al grillo con toda el alma.

—Entonces, también yo le amo Dot,—dijo el mandadero,—también yo le amo.

—Le amo por los sanos pensamientos que su música hizo nacer en mí cada vez que le escuché. Algunas veces, por la tarde, al obscurecer, cuando me sentía algo sola, algo triste, John, antes que el niño hubiera venido al mundo para hacerme compañía y alegrar la casa; cuando pensaba en el desconsuelo que tendríais si yo muriese y en el que yo tendría si pudiese saber que me habíais perdido, su crri, crri, crri, llegado del hogar, me hablaba con una vocecita tan dulce, tan simpática para mi corazón, que á su primer sonido se desvanecía mi pesar como un sueño, y cuando temía (lo temí alguna vez ¡era yo tan joven!) que nuestro matrimonio fuese una unión desigual, por ser yo una niña y parecer vos más bien mi tutor que mi marido, cuando temía que no pudieseis llegar, á pesar de vuestros esfuerzos, á amarme tanto como deseabais, su crri, crri, crri me devolvía el valor y me llenaba de nueva confianza. He aquí por qué amo tanto al grillo.

—Y yo también,—repitió John.—Pero Dot, ¿afirmáis qué deseo y espero poder llegar á amaros? ¿Qué queréis decir? ¿Cómo podéis hablar así? Lo había logrado mucho tiempo antes de conducirnos aquí para

que fueseis dueña y señora del grillo, Dot.—

Dot apoyó un momento la mano en el brazo de John y le contempló con aire conmovido como si hubiese querido decirle algo. Un momento después, se arrodillaba ante el cesto, charlando con animación, ocupadísima con los paquetes.

—No hay muchos paquetes esta noche, John; pero he visto algunos fardos detrás del carruaje, y aunque embaracen más, rinden mayor provecho, de modo que no podemos quejarnos, ¿verdad? ¿sin duda habréis distribuido bastantes á lo largo del camino?

—Ya lo creo,—respondió John,—muchos, muchos.

—Pero ¿qué es esta caja redonda? ¡Cielo santo! John, es una torta de boda.

—Sólo las mujeres pueden adivinar estas cosas,—dijo John lleno de admiración;—un hombre no lo hubiera acertado nunca. En cambio, apuesto cualquier cosa á que si ponéis una torta de boda en una caja de té, en un catre de tijera, en una banasta de salmón ó en cualquier otro continente inverosímil, una mujer sabrá adivinar lo que hay dentro sin la menor vacilación. Sí; es una torta de boda que he tomado en casa del pastelero.

—¡Y pesa horriblemente, algo así como... cien libras!—exclamó Dot haciendo grandes esfuerzos para levantarla.—¿A quién está destinada, John? ¿dónde irá á parar?

—Leed la dirección, en el lado opuesto.

—¡John! ¡Dios mío, John!

—¿Verdad que parece imposible?—preguntó éste.

—No puede ser,—prosiguió Dot sentándose en el suelo, y sacudiendo la cabeza,— que vaya destinada á Gruff y Tackleton, el comerciante de juguetes.

John hizo una señal afirmativa.

Mistres Peerybingle lo repitió unas cincuenta veces, pero no era en ella señal de afirmación, sino de sorpresa muda y llena de compasión. Durante aquel rato apretaba los labios imprimiéndoles una diminuta mueca, para la cual no estaban hechos á buen seguro, y continuó dirigiendo al mandadero una mirada distraída, pero penetrante, mientras por su parte miss Slowboy, que tenía mecánico talento para reproducir fragmentos de conversación corriente para distraer al niño, pero despojándolos de todo sentido y poniendo los sustantivos en plural sin excepción alguna, preguntaba en alta voz al chiquitín si eran en verdad los Gruffs y Tackletons comerciantes de juguetes; si se iría á las tiendas de los pasteleros para tomar las tortas de las bodas; y si las madres sabían reconocerlas en las cajas cuando los padres las llevaban á las casas.

—Y creéis que ese matrimonio se efectuará?—preguntó Dot.—¡Dios mío! Si Mary y yo íbamos á la misma escuela cuando éramos pequeñitas!—John iba á pensar en Dot, y á representársela tal cual debió ser cuando pequeña, cuando iba á la escuela; no faltó mucho para que lo hiciera. La contemplaba ya con aire de satisfacción soñadora, pero se limitó á la contemplación y no dijo ni una palabra.

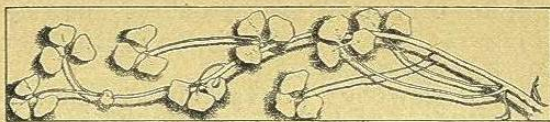
—¡Y él tan viejo, tan distinto de ella!

Decid, John, cuántos años más que vos tiene Gruff y Tackleton?

—¿Cuántas más tazas de té beberé esta noche de una sola vez de las que Gruff y Tackleton haya bebido jamás en cuatro? Esta es mi pregunta,—respondió en tono juguetón el mandadero mientras aproximaba su silla á la mesa y principiaba el asalto al jamón.—En lo que toca á comer, cómo poco, pero mi poco lo cómo á gusto.—

Era una frase ritual de John, que éste solía repetir cada vez que comía; una de sus ilusiones inocentes, porque su testarudo apetito no dejaba de desmentirle ni una sola vez. En aquella ocasión la fórmula consabida no hizo brotar la menor sonrisa de los labios de su mujer, que permaneciendo en pie entre los paquetes rechazó lentamente la caja de la torta con su piecico sin mirar ni un instante, aunque bajase los ojos, el lindo zapatito que tanto solía interesarla. Absorta en sus ensueños, se quedó allí sin acordarse del té ni de John, aunque éste la llamase y golpease la mesa con el cuchillo para despertar su atención, hasta que al fin se levantó y la tocó el brazo; Dot le contempló entonces un instante, y corrió en seguida á colocarse en su sitio á la mesa cerca de la tetera, riéndose de su negligencia. Pero no fué aquella la misma risa de antes; y del tono depende la música, según es bien sabido.

El grillo había callado también. No podría explicaros por qué aquel cuartito no tenía el mismo aspecto gozoso de antes.



III

No hay más paquetes, John?—dijo Dot rompiendo una larga pausa, que el honrado mensajero había consagrado á la demostración práctica de una parte de su frase favorita probando al menos que comía con placer lo que comía, aunque fuese imposible admitirle que comía poco.—¿No hay más paquetes?

—No,—dijo John.—Pero... no... me...—añadió abandonando el tenedor y el cuchillo y respirando á sus anchas.—Confieso que... ¡me había olvidado por completo del anciano!

—¿Del anciano?

—Está en el coche,—añadió John.—Se había dormido sobre la paja la última vez que le ví. Dos veces estuve dispuesto á llamarle desde que he llegado, pero lo olvidé las dos veces... ¡Arriba! ¡Eh! ¡Eh! ¡Levantaos! ¡Ya hemos llegado!—

John pronunció estas palabras fuera de la puerta, hacia la cual se había precipitado con la bujía en la mano.

Miss Slowboy, convencida de que el nombre de *anciano* (1) ocultaba algún misterio, y asociando á esta expresión en su imaginación, sacudida por creencias supersticiosas, ciertas ideas de naturaleza poco tranquilizadora, llegó á tal grado de turbación que se levantó á toda prisa de la silla baja del rincón del hogar para ir á buscar protección tras las faldas de su señora. En el momento preciso en que pasaba delante de la puerta entrevió á un viejo desconocido y le cayó encima instintivamente golpeándole con la única arma ofensiva que llevaba en la mano. Como este instrumento resultó ser el chiquitín, se produjo una gran agitación, una vivísima alarma, que la sagacidad de Boxer no hizo más que aumentar, porque el valiente perro, que tenía más memoria que su dueño, había indudablemente vigilado al anciano durante su sueño, temiendo que se fugase con algunos plantones de chopo atados á la parte posterior del carruaje, y le apretaba todavía muy de cerca, mordiendo valientemente sus piernas, y batallando con los botones de sus polainas.

—¡Pardiez!—exclamó John, cuando se hubo restablecido la paz.—Sois un dormilón terrible (y mientras tanto el anciano permanecía de pie en medio de la habitación, inmóvil y con la cabeza descubierta). ¡Un dormilón terrible!

(1) Apodo del diablo en Inglaterra.—(N. del T.)

El extranjero, hombre de larga cabellera blanca, bellas facciones, singularmente altaneras y expresivas á pesar de pertenecer á un viejo, y ojos negros, brillantes y perspicaces, miró á su alrededor sonriéndose, y saludó á la mujer del mandadero con una grave inclinación de cabeza.

Su traje, de color moreno, ofrecía rara singularidad por su muestra y corte antiguos. Llevaba un sólido bastón de viaje,

también moreno; cuando hubo golpeado el suelo con el bastón, éste se abrió, convirtiéndose en una silla, en la que se sentó con gran tranquilidad el desconocido.

—Mira,—dijo el mandadero dirigiéndose á su mujer.—En esta misma postura le he encontrado, sentado al borde del camino, inmóvil como un mojón, y casi tan sordo como él.

—¿Sentado al raso, John?

—Al raso,—respondió el mandadero;—



precisamente al caer la noche. «Asiento pagado», me ha dicho, dándome diez y ocho *pence*; ha subido en seguida, y hele aquí!

—Me parece que va á marcharse, John.—

Nada de esto. Quería solamente hablar.

—Dispensadme,—dijo el extranjero con dulzura.—A causa de mi dolencia no puedo ir solo. Esperaré que vengan á buscarme. No hagáis caso de mí.—

Sacó luego de uno de sus vastos bolsillos sus anteojos, y de otro bolsillo un libro, y se puso en seguida á leer tranquilamente sin preocuparse de Boxer, como si el terrible guardián fuese un cordero familiar.

El mandadero y su mujer cambiaron una mirada perpleja. El extranjero levantó la cabeza, y pasando de la mujer al marido, preguntó á este último:

—¿Es vuestra hija, amigo mío?

—Mi mujer,—respondió John.

—¿Vuestra sobrina?

—¡Mi mujer!—gritó John con todos sus pulmones.

—¿Es cierto?—prosiguió su interlocutor.

¡Cierto! Es muy joven.—

Dicho esto, volvió á hojear el libro y continuó la lectura. Pero antes de haber podido leer dos líneas se interrumpió de nuevo para decir:

—¿Y el niño es vuestro?—

John le hizo con la cabeza una señal gigantesca, tan afirmativa como si hubiese trompeteado su respuesta con el auxilio de una bocina.

—¿Una hija?

—¡Un mucha-a-a-acho!—gritó John.

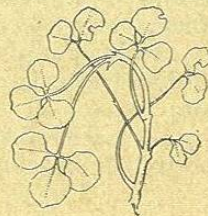
—Muy joven también, ¿no es verdad?—

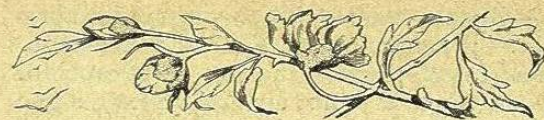
La señora Peerybingle se resolvió en seguida á tomar parte en la conversación.

—¡Dos meses y tres días! ¡Vacunado hace seis sema-a-anas! ¡La vacuna ha ido perfectame-e-ente! ¡Considerado por el doctor como un niño admirablemente hermo-oso! ¡de una inteligencia verdaderamente maravillo-o-osa! ¡Quién creería que se mantiene ya en pie-e-e!—

Y al llegar á esta exclamación final la diminuta madre, perdiendo el aliento por haber gritado estas cortas frases al oído del anciano, hasta tal punto que su lindo rostro tomaba tintas moradas, levantó al niño ante el extranjero, poniéndoselo en pie como prueba irrefutable y triunfante que apoyaba sus aserciones, mientras que Tilly Slowboy, con el grito armonioso de *¡Ketcher! ¡Ketcher!* palabras misteriosas que resonaban en su oído como un estornudo popular, se puso á dar cabriolas como un becerro alrededor de la inocente criaturilla.

—¡Oid! Vienen á buscarle, lo juraría,—dijo John.—Alguien llama á la puerta. Abrid, Tilly.—





IV

PERO antes que la muchacha hubiese podido obedecer, la puerta fué empujada desde el exterior; caso muy verosímil porque era una puerta primitiva que todo el mundo podía abrir á su antojo, y por cierto que no poca gente se daba semejante gustazo; á todos los vecinos les gustaba charlar un poquito con el mandadero, aunque John no pecase ciertamente de hablador. La puerta abierta dejó el paso libre á un hombrecito delgado, con muestras de evidente preocupación, de rostro moreno y que por las señas se había confeccionado el sobretodo con una tela de embalaje que debió envolver alguna caja en tiempo lejano; porque al volverse el hombrecito para cerrar de nuevo la puerta, pudieron leerse claramente las iniciales G. y T. en su espalda, y la palabra *frágil* con todas sus letras.

—Buenas noches, John,—dijo el hombrecito.—¡Buenas noches, señora! ¡Buenas noches, Tilly! ¡Buenas noches, desconocido! ¿Cómo sigue el niño, señora? ¿Boxer sigue bueno, verdad?

—Todo sigue á las mil maravillas, Caleb,—respondió Dot. Para convenceros de mis palabras, no tenéis más que empezar por



fijaros en el amorcillo que Dios me ha dado por hijo.

—O fijarme en vos misma,—añadió Caleb.—

No obstante, no se fijó en su interlocutora; su ojo errante y preocupado parecía siempre estar muy lejos, y era indudable que su alma estaba también ausente.

—O en John,—siguió Caleb,—ó en Tilly, ó en el mismo Boxer.

—¿Estáis atareado, Caleb?—preguntó el mandadero.

—Sí, John, bastante,—respondió Caleb con el aire distraído de un sabio que buscara por lo menos la piedra filosofal.—Las cosas no van tan mal como se cree. La gente corre ansiosa tras las arcas de Noé. Y á propósito, John, ¿tenéis algún paquete para mí?—

El mandadero hundió la mano en uno de los bolsillos del ropón que se había quitado, y sacó de él un tiestecito de flores, cuidadosamente rodeado de papel de musgo.

—¡Tomad!—dijo arreglando las hojas con gran cuidado.—¡Ni una hoja mal parada! ¡Cuánto capullo!—

El ojo sombrío de Caleb se iluminó ante el arbusto. El hombrecito dió las gracias á su amigo.

—Es caro, Caleb,—dijo el último.—Resulta muy caro en esta temporada.

—No importa. Cualquiera que sea el precio, siempre me parecerá módico. ¿Hay algo más, John?

—Una cajita,—dijo el mandadero.—Hela aquí.

—*Para Caleb Plummer*,—leyó el hombrecito.—*Cien francos*. Cien francos, John. No creo que me los manden á mí.

—*Porte pagado*,—rectificó el mandadero mirando por encima del hombro de Caleb.—¿Cómo habéis podido leer cien francos?

—¡Oh, tenéis razón!—dijo Caleb.—Esto es, porte pagado. Sí, sí; más arriba trae mi